

PRECIOS

EN MADRID.—Tres meses, 9 rs.—Seis id., 16.—
Un año, 30.—PROVINCIAS.—Tres meses, 10 rs.—
Seis id., 18.—Un año, 34.—AMÉRICA.—Seis me-
ses, 38.—Un año, 70.—FILIPINAS.—Seis me-
ses, 60.—Un año, 100.
Anuncios á real y medio línea.

HEMEROTECA
MUNICIPAL

PRECIOS

EXTRANJERO.—Tres meses, 22 rs.—Seis id., 38.
Un año, 74.—FRANCIA.—Pueden hacerse las
suscripciones enviando á esta Administracion el
importe en sellos franceses del correo.—Se sus-
cribe en la HABANA: Propaganda literaria, ca-
lle de O'Reilly, núm. 54.



NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.—DIRECCION Y ADMINISTRACION: Calle de las Huertas, número 40, cuarto bajo.—NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.

COSAS DEL DIA.

Siempre lo estamos diciendo.
Para un politiquillo no hay nada tan importante como el destino.
Por eso para indicar que uno está en el poder se ha inventado la frase de *regir l s destinos del pais*.
Bien mirado, los ministros no son más que los legos que antiguamente repartian la sopa á la puerta de los conventos.
Algunas veces les compadecemos.
Porque aunque la olla del presupuesto es bien grande, no basta ni con mucho á satisfacer el apetito de tantos hambrientos.

Y la algarabía de los que piden es insoportable.
Decimos esto á propósito de lo ocurrido en el Senado.
Figúrense nuestros lectores que por la ley están marcados los casos de incompatibilidad entre los empleos públicos y el cargo de senador.
Uno de los cargos incompatibles con la senaduría es el de catedrático.
Pero hé aquí que el sacerdote liberal D. Fernando Castro ha sido elegido miembro de la alta Cámara, y desempeña una cátedra.
El Sr. Calderon Collantes se levantó, y con el texto de la ley en la mano, dijo: ó herrar ó quitar el banco. Ese caballero senador no puede ser catedrático, ó ese señor catedrático no puede ser senador.

El interesado, en el primer momento de sorpresa, convino en ello, y dijo que optaría por lo que mejor le pareciera.
Pero se conoce que pensándolo más despacio, y recordando á aquel pobre á quien una buena mujer preguntaba si quería pan ó caldo, y contestó que una sopita, manifestó que estaba resuelto á conservar las dos cosas.
Desgraciadamente para él el Senado parece que piensa de distinto modo, y le hará decidirse por hacer leyes ó enseñar á sus discípulos.
Para este dolorosísimo caso, ya ha anunciado que optará por lo primero.
Lo sentimos.
El Sr. Castro es un hombre ilustrado, que en su cátedra podría ser muy útil al país, y que en el Senado no

La vieja criada oyó la voz de su amo, terminó mentalmente una invocación á su santa patrona, y bajó á la tienda.
—¿Ha salido alguna vez Blanca sin que yo lo sepa? preguntó con tono brusco el barbero.
—¿Salir la señorita Blanca? respondió Margarita, mirando á su amo con sorpresa.
—Sí, os pregunto si ha salido con vos. ¡Responded!...
—¡Dios mio! hace más de dos años que la señorita Blanca no sale conmigo; entónces era una niña, y vos la permitiais que fuera algunas veces conmigo á dar una vuelta por el Prado de los Clérigos... Pero desde aquella época la pobre no ha salido más que dos veces con vos, y esto por la noche y cubierta con un espeso velo.
—No os pregunto si ha salido ó no conmigo... Pero decidme; ¿ha venido en mi ausencia algun hombre que os haya hablado de Blanca, ó que haya intentado introducirse hasta ella?
—¡A fe mia que no hubiera dejado de recibirle bien!... ¡parece que no me conoceis!... Excepto el caballero Chaudoreille, la señorita no ve á nadie; en cuanto á ese caballero, vino esta mañana á darle una leccion de música...
—¡Oh! Chaudoreille no es peligroso!... pero si algun estudiante ó algun paje viniera en mi ausencia y quisiera ver á Blanca, despedidle al momento.
—Si señor, sí. ¡Oh! podeis estar tranquilo.... Además, esa hermosa niña lleva siempre el precioso talisman que la preserva de todo peligro... Teniendo ese talisman desafiaba á que la hiciera cualquiera volver la cabeza; lo que es mientras lo lleve no hay cuidado, y yo cuido de que no lo abandone.
—Cuidad sin embargo de que no abra su ventana. Porque si llegara á abrirla me veria precisado á hacerla habitar en la sala que da al patio.
—¡Ah, señor, la señorita Blanca se moriria de fastidio!... ¡Es tan oscura, que tendria que trabajar de dia con luz artificial!
—Si no fuera por eso hace tiempo que ya la ocuparia, dijo Touquet á media voz, indicando al mismo tiempo á Margarita que se alejara, lo cual ejecutó ésta murmurando:
—¡Qué desgracia es el no tener fe en los talismanes! Si el Sr. Touquet creyera en ellos no se veria esa pobre niña privada de toda clase de diversiones.
El barbero no se habia engañado al suponer que el jóven á quien le habia costado tanto trabajo abandonar su tienda era un enamorado.

Allí se encontraban toda clase de trajes; pero entónces, lo mismo que hoy, la riqueza del vestido no probaba siempre el rango ó la fortuna de los que los llevaban.
El deseo del lujo se habia hecho general, porque tambien entónces como ahora no se tenia consideracion más que á la magnificencia del traje.
La apariencia de la fortuna ó del poder ha obtenido siempre todos los honores; en cambio, el verdadero mérito, oscurecido, sin brillo, sin renombre, ha quedado casi siempre olvidado y en la indigencia.
La entrada en la corte era fácil; pues para conseguirlo no era necesario más que un traje parecido á los de los cortesanos; un sombrero adornado con una pluma, un jubon y un manto de raso ó terciopelo todo bordado de oro ó plata y una brillante espada en el costado izquierdo, era tan sólo lo que se necesitaba para entrar en ella. Todos querian poseer brillantes y magníficos trajes, y sucedia muchas veces que muchos se quedaban pobres por querer parecer ricos.
Se ensayó sin embargo en detener esta tendencia al lujo, que se avenia mal con la miseria de aquellos tiempos. Por un edicto del mes de Noviembre de 1633 se prohibia llevar sobre las camisas collares y velos de encajes, ni en los trajes ningun bordado de plata ú oro, ni ninguna clase de galones, así como tampoco encajes de seda, plata ú oro, ya fueran estas manufacturas de dentro ó de fuera del reino.
Al año siguiente apareció un segundo edicto que prohibia para los trajes toda clase de telas de oro ó plata, ya fueran finas ó falsas, y ordenaba que los más ricos vestidos fueran de terciopelo, de raso ó de tafetan, sin otro adorno que dos franjas de bordados de seda; prohibiendo á los pajes, lacayos y cocheros que lleven otros trajes que los hechos con telas de lana. Sin embargo, estas leyes eran bien pronto infringidas: los hombres seguian siempre con el deseo de aparentar más de lo que eran y las mujeres de ocultarlo.
Entre las personas que habia en la barberia se encontraba uno que no hablaba con nadie y que parecia prestar poca atencion al relato de las aventuras escandalosas ocurridas en la ciudad. Era un jóven como de unos diez y nueve años. Su rostro no era de esos redondos, frescos y colorados que respiran la salud y la alegría; sus ojos eran muy hermosos, pero su tez era pálida; sus facciones estaban llenas de nobleza, pero su aire era un tanto melancólico; era, en fin, una figura interesante, las cuales son por lo ge-

servirá más que para aprobar todos los disparates que propenga el ministerio, que no serán pocos.

¿Saben Vds. que el Sr. Moret va mostrándose digno sucesor de D. Laureano?

Algunos periódicos hasta han llegado á decir que hará bueno al Sr. Figuerola.

Pero esto no es posible.

Peor ministro que aquel no lo ha habido ni lo habrá.

Pero tan malo, sí: El Sr. Moret por ejemplo.

Las operaciones de crédito siguen á la orden del día, es decir que nuestro sistema financiero continúa siendo el de trampa adelante.

Pues señor, para eso maldita la falta que hace ser economista, ni siquiera saber sumar.

No tengo dinero, lo pido, lo tomo á cualquier precio, y cuando llegue el vencimiento prorogo la obligación á costa de nuevos sacrificios.

Esto sin pronunciar discursos ni pasar por hombre eminente, lo hace cualquier calavera aficionado á tirar de la oreja á Jorge.

Y á propósito. Tenemos que dar un aplauso al gobernador de la provincia.

Parece que S. E. ha hecho cerrar todos los garitos que había en Madrid, y eran innumerables.

Muy bien hecho.

Pero se nos ocurre una cosa. ¿Por qué se ha aguantado á ahora para hacerlo?

Si se hubiera hecho mucho antes, nuestro aplauso sería mayor.

Por cierto que en el suelto en que *La Correspondencia* nos daba esta noticia, no dejaron de chocarnos varias cosas.

Decía el diario noticiero que el señor gobernador llamó á los dueños de las casas de juego y les *amonestó* para que las cerraran.

Pero hombre, en ese caso, quiere decir que el señor gobernador sabía que se jugaba y dónde se jugaba.

Digo, me parece.

Y si el señor gobernador lo sabía, una de dos, ó los juegos eran lícitos ó no lo eran.

En el primer caso no debía decir una palabra.

Y en el segundo, como el juego es un delito penado por la ley, lo que procedía era enviar á los culpables ante los tribunales.

Pero concluye dicho periódico diciendo que á consecuencia de esa *amonestacion*, quedarían cerradas las casas en que se había *tolerado* jugar.

¡Cáspita con la tolerancia!

Y ¿quién lo había tolerado?

Se nos figura que la cosa merece la pena de que alguien se ocupe de ella.

Los cimbreros están trinando.

Ven que les van á limpiar el comedero y no pueden resignarse con su suerte.

El periódico que les sirve de órgano en la prensa, pierde los estribos porque las gentes dicen que el Sr. Martos dejará muy pronto de ser ministro de Estado.

Pero si es verdad compañero...

¿Qué le hemos de hacer? Paciencia y barajar.

Y el caso es que el país se alegrará mucho.

Los cimbreros son poco simpáticos.

Ya se vé, en esta nación hidalga, donde la consecuencia es tan apreciada, no se miran con buenos ojos ciertas evoluciones.

Y al fin y al cabo, si esos señoritos al dejar de ser republicanos se hubieran convertido en amantes platónicos de la monarquía, pase.

Cuando á los cambios en política no sigue el medro personal de los que los hacen, la gente suele disculparlos.

Pero abandonar un partido para arrojarse sobre el presupuesto, es vender como Esaú la primogenitura, aunque haciéndose pagar mucho más caro.

Y es lo que nosotros hemos dicho otras veces.

Esos caballeros, cuando eran republicanos significaban algo, pero convertidos en monárquicos no son nada.

Si no fueran ministeriales y no les ayudara la influencia moral, *ninguno* de ellos sería diputado.

¿Quién había de votarles?

Los monárquicos tienen candidatos más naturales y menos sospechosos.

Los republicanos les odian con razón.

Y fuera de las oficinas no se encuentra un cimbro por un ojo de la cara.

Ya tomó asiento en la presidencia del Congreso el inclito D. Salustiano.

No sabemos si habrá dejado de cobrar el millon de marra.

El martes pronunció un discurso dando gracias á la Cámara por haberle elegido.

Pero la arenga, sin duda no gustó á los señores, porque no fué aplaudida.

En las anteriores Córtes estaba la *claque* mejor organizada.

Había cerca de cien empleados.

Y ahora no pueden pasar de cuarenta.

Y como suele decirse, tripas llevan piés, lo cual traducido libremente puede significar que el estómago mueve las manos.

Todos convienen en que estas Córtes durarán poco, pero nadie deja de pensar que darán muchos disgustos al gobierno.

Y hay quien sospecha que lo derribarán.

A nosotros nada nos importa.

Si hemos de decir la verdad, creemos que el que venga será tan malo como este.

Conque... rueda la bola.

LOS HÉROES.

Pues señor, han de saber Vds., amables lectores de EL CASCABEL, que maldita la admiración que me causan todos esos héroes de quienes hablan las historias y los periódicos, todos esos guerreros que hicieron grandes hazañas, empezando en Viriato y acabando en Escoda, y Vds. perdonen.

Durante la terrible y desastrosa guerra entre Francia y Prusia, los periódicos y el ilustrado público se han hecho lenguas del general Moltke, y del señor von Warder, y del señor Falkenstein y otros vones de más ó menos categoría, y yo, entretanto, leía las noticias de sus notables hechos de armas con la más completa indiferencia, casi con desden, como que estoy acostumbrado á ver héroes, que sin hacer tanto ruido y sin necesidad de que mueran miles de hombres, llevan á cabo hazañas mucho más dignas de loa, y ejecutan tales actos de valor que jamás los contarán iguales en su historia todos esos grandes guerreros desde Epaminondas hasta el autor del nuevo sistema de mechar carlistas, puesto en práctica últimamente en el campo de la Victoria, en Córdoba, para prez y fama de la situación monárquico-democrática que nos está llenando de gloria, ó de otra cosa.

Pues, como decía, hay en el mundo héroes ignorados

neral más afortunadas en amores que las que están rebosando salud y frescura.

Su traje era muy sencillo: vestía una especie de gaban de una forma parecida á los de hoy día, lo llevaba abotonado hasta las rodillas, y no se encontraba en él adorno de ninguna especie; su cinturón era negro y no lucía ni cintas ni lazos ni en los brazos ni en las piernas. No llevaba espada ni ninguna pluma adornaba las anchas alas de su sombrero.

Hacia bastante tiempo que se encontraba en la barbería, y al entrar, sus ojos habían parecido buscar otra cosa que el dueño del establecimiento. Su vista se dirigía tenazmente hácia la trastienda. Ya le había llegado varias veces su turno, y Touquet le había dicho:

—Cuando queráis, señor bachiller.

El traje que llevaba nuestro jóven era en efecto el que llevaban por lo regular los que venían á estudiar á París. A cada invitación del barbero, se contentaba nuestro jóven con responder.

—No tengo prisa; que pase otro en mi lugar.

Sin embargo, al cabo de algún tiempo los concurrentes á la barbería se fueron marchando, hasta que el jóven se quedó solo con Touquet, al cual empezaba á extrañar su conducta.

—Ahora no podeis ceder ya vuestro turno á nadie, dijo el barbero ofreciendo una silla al desconocido. En verdad que no será para afeitarnos para lo que habeis venido, pues no teneis pelo de barba... sin embargo, podeis disponer de mi ministerio.

—Sí, dijo el jóven con cierto aire embarazado y dirigiendo sus miradas á la trastienda. Desearía... mis cabellos están demasiado largos... y...

—Tomad asiento, señor bachiller, y ya vereis que soy tan diestro en manejar las tijeras como la navaja.

El desconocido se decidió al fin á encomendar su cabeza á las manos del barbero; pero así que éste se separaba de él un momento, se volvía para mirar hácia la trastienda.

—¿Buscáis alguna cosa, caballero? le dijo Touquet, para quien no habían pasado desapercibidas las repetidas miradas del jóven.

—No... miraba solamente si estabais solo aquí...

—Sí señor; y ya veis que no tengo necesidad de nadie para servir á mis parroquianos.

—En efecto, me habian dicho que erais muy hábil.

—Y vos habeis tenido tiempo de juzgar por vos mismo, puesto que hace dos horas que os hallais aquí.

—No tenía prisa... además deseaba que me dierais algunas noticias... Decidme, ¿quién ocupa el cuarto principal de esta casa?

—Yo, caballero, dijo Touquet después de un momento de vacilación.

El jóven pareció arrepentirse de haber hecho esta pregunta.

—¿Podré saber, caballero, qué os puede interesar eso á vos? añadió Touquet examinando al desconocido con atención.

—¡Ah! es que yo busco un alojamiento... en este barrio... una sola habitación me basta... ¿No admitis huéspedes?... ¿no podríais proporcionarme un departamento si esta casa os pertenece?

—En efecto, esta casa me pertenece, pero no puedo sin embargo daros alojamiento... hace mucho tiempo que no admito ningún huésped... además, la casa es pequeña y la necesito toda.

—¿Qué! ¿no podréis cederme ni un gabinete... ni siquiera una alcoba? necesito vivir en este barrio, porque tengo muchos negocios cerca del Louvre, y os pagaría todo lo que quisierais.

—Todo lo que quiera, dijo el barbero arrojando una irónica mirada sobre los sencillos vestidos del jóven. Me parece que os adelantais demasiado, señor estudiante. Además, vuestro deseo no puede verse satisfecho, y os aconsejo que renunciéis á vuestros proyectos.

Touquet acentuó de tal manera esta última frase, que el rostro del jóven se cubrió con una ligera tinta rosada. Pero el barbero había concluido y no había medio de continuar en la casa de un hombre que no parecía dispuesto á seguir la conversacion, y al cual temía ya haber dicho demasiado.

El bachiller se levantó, pagó, y se alejó de la tienda, no sin arrojar una última mirada á las ventanas de la casa.

—Es un enamorado, dijo Touquet cuando se hubo alejado el desconocido. Sí, su turbación... sus miradas... sus preguntas... ¡Oh! ¡conozco todo eso!... ¡he servido demasiado á los amantes para que me pueda equivocar!... ¡Hé aquí lo que yo temía!... ¡Qué de contrariedades preveo!... ¡Qué de inquietudes van á asaltarme todavía!... ¡Habrás visto á Blanca!... ¿pero dónde?... ¿cuándo?... ¿cómo?... Nunca sale de casa más que conmigo, y esto muy raras veces... Sin embargo, apostaría cien escudos á que ese jóven está enamorado. ¡Hola! ¡Margarita! ¡Margarita!...

que merecerían más los mármoles y los bronceos que muchos de los que en todas las capitales de Europa están representados en estatuas y monumentos, para admiración de propios y de extraños, y á esos héroes infelices quiero consagrar yo un recuerdo, ya que la historia y sus compatriotas son tan ingratos con ellos que les dejan vivir y morir en la oscuridad, y ni siquiera logran un sueldo de *La Correspondencia*, en que este apreciable periódico diga que se han levantado la tapa de los sesos, porque esos héroes no se suicidan, ni siquiera apelan á este recurso de publicidad.

Alejandro, César, Pelayo, el Cid y todos los que forman la serie de hombres extraordinarios, á quienes el mundo encomia por sus gloriosos hechos, puede que se hubiesen echado á llorar como débiles mujeres si se hubieran visto en la situación en que todos los días se ven los héroes que voy á presentar al discreto lector.

¿Qué héroe antiguo ó moderno sería capaz de lo que mi amigo y vecino D. Pantaleón Dolorido, auxiliar décimoséptimo de la clase de quintos de no sé qué dependencia del Estado?... Ninguno.

En su lugar quisiera yo ver, pongo por caso, al príncipe prusiano Federico Carlos, que tal destrozo ha hecho en los pobres franceses; yo le quisiera ver con 6.000 rs. de sueldo, como D. Pantaleón, y el descuento del 10 por 100; y no es esto lo peor que le sucede, porque al fin tener 6.000 rs. de sueldo, aun con descuento, se puede sufrir cuando no se puede pasar por otro punto; pero no tiene el hombre solamente los 6.000 rs., que tiene también mujer con tres hijos y uno en ama, porque ella no puede criar, y tiene asimismo suegra, que está impedida la pobre, aunque yo creo que el más impedido es él, y tiene sobre eso su fusil y su uniforme de miliciano para acreditar lo liberal que es y que no le quiten el destino.

Pues este hombre tiene el valor de vivir con 22 duros y medio al mes, y paga casa, ama, zapatos para los chicos, rapé para la suegra, y hace guardias, y si á mano viene, grita, ¡Viva la libertad! ¡Viva Prim! ¡Viva Serrano! ¡Viva el brigadier Topete!... y se mantiene del aire, porque en su casa comen todos menos él, y no fuma, y no se permite gastar para sí ni siquiera dos cuartos, y así pasa un año y otro año, y su suegra le dá cada coz, que entonces sí que no parece que está impedida, y su mujer tiene una cara de vinagre y unos dientes que dan miedo, y es más fea que una hidra, y los tres niños no le pueden ver porque la abuela les ha acostumbrado á llamar á su papá el *coco*, *Pateta*, *el tío Patas*, y siempre que el pobre padre se les acerca rompen á llorar y dan cada berrido que se oye desde una legua, temiendo que el autor de sus dias se los coma crudos. D. Pantaleón va vestido decentemente, y eso que no se hace ropa nunca. La levita y el pantalón y el chaleco que lleva, ya estaban usados cuando se casó, hace quince años; pero él cuida estas prendas con el mismo amor que si las hubiera parido. El sombrero especialmente es objeto de toda su solicitud; él le lava, le plancha, le quita unos pelos del sitio donde los tiene más abundantes para ponerlos en otro donde se presenta una calva amenazadora; con una muralla de papel entre el forro y el fieltro impide que la grasa llegue á manifestarse, y si hubiera una exposición de sombreros viejos, el suyo se llevaría indudablemente el premio por lo viejo y lo conservado. Pues, ¿y la levita y el pantalón?... El se cose, él se echa forros, él disimula todos los defectos de sus queridas prendas, él las cepilla con un amor entrañable, y todas las mañanas las habla en estos ó parecidos términos:

— ¡Oh, prendas mías, por mi bien halladas, quiera Dios prolongar vuestros días, recibid estas caricias del cepillo bienhechor, y ojalá no sufráis hoy ni mañana tampoco rotura, rasgón, mancha ni otra avería; porque cuando vosotras me falteis no tendré más remedio que salir á la calle en camisa y con sombrero, si este me sigue siendo fiel como espero!

Diga, pues, el lector desapasionado, si no es D. Pantaleón un héroe, más héroe que el que dirige un día una batalla, ó el que por medio de un ardid hace que una división enemiga sea escabechada sin defensa. D. Pantaleón vive hace muchos años sin un momento de reposo, sin un minuto de alegría, sin un instante de placer, sin esperanza de mejorar de suerte, viendo siempre la cara de su suegra impedida, que no lo está de la lengua y le pone de vuelta y media, y el gesto de su mujer, que está furiosa con haber tenido tan poca suerte que no se casó con otro hombre,—con lo cual, si ella hubiera ganado, no hubiera tampoco perdido nada el pobre marido,—y todo lo sufre D. Pantaleón con más valor que el Cid cuando arremetía contra moros. Acaso el Cid en la situación de don Pantaleón no hubiera tenido tanta fortaleza como demues-

tra ese pobre héroe ignorado, de cuyos altos hechos, de cuya abnegación, de cuya virtud sólo tienen noticia su ingrata suegra y su mal avenida mujer.

Peró todavía no han visto Vds. otras heroicidades. Continuaré presentándolas en el número próximo.

(Se continuará.)

MEMORIAS DE UN SOLDADO RASO.

(Continuación.)

Sesenta y uno entre unos y otros y dos paisanos, uno de ellos el titulado brigadier, fueron fusilados en ocho ó diez días.

De cada vez sacaban diez y ocho ó veinte, los metían en un ómnibus, y los llevaban detras de la plaza de Toros, donde eran pasados por las armas.

A mí, gracias á Dios, no me tocó disparar nunca; creo que si me hubiese tocado hubiera tirado al aire, cosa que hace muchos, lo cual prolonga el martirio de los infelices reos, que tienen que sufrir dos ó tres descargas. Pero ya se ve, eso de matar á un hombre que tiene las manos atadas es cosa tan cruel, que pocos tienen corazón para hacerlo, y no es extraño que los soldados á quienes mandan ejecutar la sentencia hagan eso, que viene á ser un perjuicio para los mismos en cuyo favor lo hacen.

Peró aunque no tuve que tirar nunca, no pude librarme de formar el cuadro, y entonces envidiaba á mis compañeros que habían sido heridos, los cuales como estaban en el hospital se ahorraban de asistir á aquellos horrores.

Por supuesto que el día que había fusilamientos yo no comía, y volvía al cuartel siempre con calentura.

Creo que á muchos sucedería lo mismo, pues todos poníamos unas caras que parecíamos difuntos, y á varios jefes y oficiales ví llorar en aquellos momentos.

Yo pensaba siempre en las madres de aquellos desgraciados, y acordándome de la mía, consideraba que fácilmente podía pasarme á mí lo que á ellos les pasaba.

Esto me ponía cada vez de peor humor y aumentaba la adversión que tenía al servicio de las armas.

Nunca tuve más gana de desertar que entonces, pero como en aquellos días la vigilancia era mayor que nunca y el rigor con que se trataba á los que cometían cualquier falta había aumentado, creí más cuerdo conformarme con mi suerte y aguardar á que me dieran la licencia cuando cumpliera, que aún me faltaban siete años y medio.

VI.

Sin embargo, no vayan á creer los que lean estos párrafos que yo estaba tan disgustado como los primeros días.

A todo se acostumbra uno en la vida, y mucho más cuando se tienen veinte años.

Luego, como yo en mi casa tenía que trabajar mucho para pasarlo bastante mal, y desde que me hallaba en el servicio vivía bien y no trabajaba, esto me consolaba bastante en mi desgracia.

Verdad es que estaba lejos de mis padres y que no veía á Vicenta, pero el tiempo iba haciéndome olvidar la pena de esta separación.

Mi padre me escribía con bastante frecuencia, dándome buenos consejos y enviándome alguna letrita de veinte ó treinta reales, que el cabo cartero me cobraba en el giro mutuo, y me servía para proveerme de tabaco y poder gastar algunos cuartos en la cantina.

Esta abundancia de fondos hacía que todos los de la compañía quisieran ser amigos míos, y cuando uno está siempre rodeado de gente joven y alegre no es posible que la tristeza le dure mucho tiempo.

Por otra parte yo no dejaba de tener mi poquito de amor propio, y no quería que mis compañeros me creyesen apocado.

Así es que al principio, haciéndome alguna violencia y luego ya de voluntad propia, tomaba parte en sus bromas y les acompañaba en sus paseos al río y á la venta del Espíritu Santo, donde iban en busca de las criadas y lavanderas que por allí andan, á las cuales decían algún requiebro ó acompañaban hasta su casa, si ellas lo permitían.

Entre todos los soldados de mi compañía había uno que era con quien más había simpatizado.

Su genio en nada se parecía al mío, y sin embargo, no regañábamos nunca.

Se llamaba Silvestre, y tenía por el servicio militar una verdadera pasión.

No tenía padre ni madre, y había sentado plaza como voluntario poco antes de caer yo quinto.

Todo su deseo era llegar á ser cabo, para que luego lo hicieran sargento segundo, y en consiguiendo los galones de primero pasar á Ultramar de alférez.

Decía que muchos generales habían empezado de soldados, y él pensaba hacer la misma carrera que ellos.

Era valiente y listo, por lo cual los oficiales le querían mucho, y el capitán le había prometido los galones de estambre en cuanto hubiera una vacante.

Siempre que salíamos de paseo me iba hablando de sus esperanzas, y pintaba las cosas de tal modo, que parecía que ya le estaba uno viendo de gran uniforme con su faja en la cintura, lleno de cruces y bordados, montado en un magnífico caballo, y rodeado de oficiales de Estado mayor á quienes daba sus órdenes.

Yo no dejaba de manifestarle mis dudas de que lograra lo que apetecía.

Llegar á sargento primero, pase á fuerza de años creía que podría lograrlo, pero que un pobre diablo como nosotros consiguiéramos ser oficial me parecía á mí tan difícil como tocar el cielo con la mano.

Sin embargo, luego he visto que otros que valen menos que Silvestre consiguen lo que él ambicionaba.

Lo único que me disgustaba en mi amigo era lo mal que trataba á los paisanos.

A todos les llamaba *patron*, solía hablarles de tu, y en cuanto le disgustaban en lo más mínimo les decía mil desvergüenzas y hasta les amenazaba.

Por supuesto, que al fin nunca hacía nada, porque era un muchacho de muy buen fondo; pero había adquirido la costumbre de hablar así y nada era capaz de corregirle.

Algunas veces daba con hombres prudentes que no le hacían caso, y la cosa no tenía consecuencias; pero á lo mejor tropezaba con algún pendeñero, y en más de una ocasión á no haber mediado yo hubiera tenido grandes disgustos.

También solía reunirse con nosotros el asistente del capitán, que era un tipo muy distinto de Silvestre.

Lopez, que así se llamaba, era ya soldado viejo.

Habiendo cumplido hacía cuatro años se había reencontrado, y creo que pensaba morirse en el servicio.

Peró no soñaba con ser general ni cosa que lo valga, ni quería pasar de soldado raso.

Hacia unos seis años que era asistente del capitán, y no hubiera cambiado su posición por la de un arzobispo.

Y no es que no trabajara, sino que era un hombre que se contentaba con poco, y que lo único que no quería era tener que pensar en el día de mañana.

Decía que no había en el mundo nada mejor que ser soldado.

Se encontraba muy satisfecho con saber que no había de faltarle casa, alimento, ropa y cuatro cuartos diarios.

Aseguraba que nunca sienta mejor la comida que cuando no se sabe de donde sale, y que para engordar y vivir muchos años no hay cosa como no tener que pensar si el pan está caro ó barato.

Tenía mucho cariño á su amo, y por servirle era capaz de andar de coronilla.

E. ZAMORA Y CABALLERO.

(Se continuará.)

CASCABELES

El mal ejemplo eunde.

El director de EL CASCABEL se ha declarado en huelga y se ha ido á Barcelona.

Creemos que esta actitud revolucionaria durará poco, y antes de una semana le volveremos á tener en Madrid; pero si así no fuera, procuraremos traerle al buen camino amenazándole con la condecoración del Nischam Ifitjar. A esta amenaza no resistirá.

Por supuesto que con haber renunciado á los coches los ministros, directores, subsecretarios y demás politiquillos á quienes se lo pagamos, no sé por qué, se habría ahorrado una cantidad enorme que permitiría eximir de la contribución de las cédulas de vecindad á muchos jefes de familia para quienes es gran perjuicio dar los 18 rs. del pico.

Peró, ¿quía renunciar los liberalitos á los coches?... ¡Antes morir! ¡No ven Vds. que son tan llanos y tan democráticos!...

Hace muchos días, lo menos diez ó doce, que no hay banquete de politiquillos en Fornos.

¿Si estarán malos?

